

Muerte y vida: constantes del tiempo vallejiano

No es posible encontrar en Vallejo un planteamiento unidireccional en relación con el tiempo. El presente y el futuro pueden aparecer como pasado, mientras que el pasado puede, a su vez, ser presente y futuro. No hay una rígida sucesión lineal, sino al contrario, una completa superposición y flujo de todas las posibilidades temporales. Sin embargo, puede considerarse como núcleo central del tiempo vallejiano, el que éste es siempre un tiempo concreto, relacionado con unas determinadas coordenadas vitales. Un tiempo sentido como integrante de la naturaleza humana e impregnado de sus propias dolencias:

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Esta idea, de auténtica desolación, expresada en el poema «Espergesia» de su primer libro *Los Heraldos Negros (HN)*, va a ir siendo matizada en sus obras posteriores.

En *Trilce (T)* el tiempo tiene una presencia múltiple y multifacética. Ya en el primer poema nos encontramos con un tiempo superpuesto, en el que los contrarios juegan un papel de primera magnitud: «Un poco más de consideración / en cuanto será tarde, temprano», afirma en el primer poema de *T*.

Un tiempo, «en cuanto será tarde, temprano», que aspira a encontrar el equilibrio en el silencio de la isla con la que el sujeto lírico se identifica en el poema, frente al *símbolo estático* de desorden y caos que es el mar: «Quién hace tanta bulla, y ni deja / testar las islas que van quedando», se pregunta en el mismo poema.

El tiempo es agresivo en este primer poema de *T*. Y es agresivo por ser concreto. Por tener rostros en los que habitar. Por ello Vallejo pide:

Un poco más de consideración,
y el mantillo, seis de la tarde
DE LOS MÁS SOBERBIOS BEMOLES

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal del equilibrio.

Este equilibrio de difícil soporte en el poeta se expresa por un tiempo que, inevitablemente, le conduce a un *taedium vitae*.

En *T II* se encuentran la presencia reiterativa y monocorde de un tiempo físico y la repercusión en el sujeto poético de esa repetición y monotonía, expresando así una for-

ma trágica y terrible de su presencia. Ante ella, las palabras se contraen casi en un lenguaje telegráfico dotando de un dramatismo, aún mayor, al poema:

Tiempo Tiempo.

Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.

Pasado y futuro son una misma cosa. El presente es «Lomismo» y el lenguaje se contrae en un rictus. «Lomismo» es equivalente a nada, a vacío. El espacio poético se compone de vértices y aristas que, por demás, son punzantes y oscuras.

Escarbar hacia atrás, hacia abajo, es inútil. Si el gallo, el gran símbolo tradicional del alba, escarbaba sobre la arena monótona de este desierto poético, lo haría en vano. El espacio y el tiempo tienen la misma medida árida. El lenguaje tiene la misma dimensión que poseen ellos. El día en este desierto sólo conjuga verbos en pasado. Al final del poema, una mayúscula («nombrE») resaltando sobre todas las palabras, nos indica que en el futuro a lo mejor el lenguaje, el nombre de las cosas, puede vencer a «Lomismo»:

Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.
Boca del claro día que conjuga
era era era era.

Mañana Mañana.

El reposo caliente aún de ser.
Piensa el presente guárdame para
mañana mañana mañana mañana.

Nombre Nombre.

¿Qué se llama cuanto heriza nos?
Se llama Lomismo que padece
nombre nombre nombre nombrE.

Vallejo parece coincidir con Bergson en que el tiempo newtoniano no es más que una construcción artificial físico-astronómica, pero en modo alguno tiempo real. El verdadero tiempo real es el tiempo humano, y éste es *duración* (*durée*). *Durée* en que se mezclan por igual el pasado, el presente y el futuro. En él se concentran las posibilidades y coordenadas por ser tiempo sentido, vivido desde el ser humano:

El traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

Este poema, el número VI de *T*, muestra algo que será constante en Vallejo: el amor como gran destructor y vencedor del tiempo. Esta idea, que será analizada en extenso más adelante, ya se encuentra desde sus inicios en el pensamiento vallejiano. El amor

que siente hacia Otilia le permite pensar que ella terminará por dominar todas las aristas punzantes del poliedro del tiempo: «¡COMO NO VA A PODER! / Azular y planchar todos los caos».

El tiempo de la conciencia es siempre cualitativamente distinto e individual. Entre padres e hijos, el tiempo es igualmente diferenciador. Sólo es posible para un ser humano vivir de su propio tiempo. Y, sin embargo, el tiempo iguala la materialidad de los cuerpos, provoca la semejanza entre los padres y los hijos, consigue que las cosas se acerquen en su semejanza, aunque jamás en su identidad. Vencer al tiempo es vencer a la semejanza y conseguir la identidad de las cosas. Mas ello es imposible:

Y desfila por el color amarillo a llorar, porque me halla
 envejecido, en la hoja de espada, en la desembocadura de
 mi rostro. Lloro de mí, se entristece de mí. ¿Qué falta hará
 mi mocedad, si siempre seré su hijo? ¿Por qué las madres se
 duelen de hallar envejecidos a sus hijos, si jamás la edad de
 ellos alcanzará a la de ellas? ¿Y por qué, los hijos,
 cuanto más se acaban, más se aproximan a los padres?
 ¡Mi madre llora porque estoy viejo de mi tiempo y porque
 nunca llegaré a envejecer del suyo.¹

Tiempo humano, en ocasiones conectado a la vida, en ocasiones conectado a la muerte. Al cabo, dos caras de una misma y plural moneda: «En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte», escribe el poeta, para concluir:

César Vallejo, parece
 mentira que así tarden tus parientes,
 sabiendo que ando cautivo,
 sabiendo que yaces libre.
 ¡Vistosa y perra suerte!
 ¡César Vallejo, te odio con ternura!²

Fuerza destructora el tiempo, mina el presente y el pasado. Tan sólo en lugar de tiempo, al mirar hacia atrás, encuentra muerte: «Todos han muerto», dice Vallejo, para después comprobar los enormes huecos que quedan en el pasado.

«Todos han muerto». Si la eternidad es futuro, también es pasado y es presente. En este poema³ Vallejo parece, sin embargo, entenderla sólo como pasado. Si el pasado está muerto («Murió doña Antonia, la ronca». «Murió el cura Santiago». «Murió, aquella joven rubia, Carlota». «Murió mi tía Albina». «Murió un viejo tuerto». «Murió Rayo, el perro de mi altura». «Murió Lucas, mi cuñado en la paz de las cinturas». «Murió en mi revólver mi madre, en mi puño mi hermana y mi hermano en mi víscera sangrienta». «Murió el músico Méndez») también está muerta la eternidad del poeta: «Murió mi eternidad y estoy velándola».

El sujeto lírico entiende que la vida es una especie de velatorio, no tanto por las circunstancias en las que se vive, como por las injusticias del tiempo crónico.

¹ [PP], «El buen sentido».

² [PH], [En suma no poseo para expresar mi vida...].

³ [PP], «La violencia de las horas».

La muerte no es inocente en Vallejo. Deja oquedades y cicatrices de difícil curación. El tiempo físico devora y no conduce más que a la muerte. El río heraclitiano va a dar a «la mar, que es el morir», según el tópico renacentista, en un agravio sistemático y constante:

¿Es para eso, que morimos tanto?
¿Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante? ⁴

La antanaclasis vallejana conjuga la desolación y la rabia. El tiempo físico puede incluso acabar con la eternidad. La gran paradoja temporal en Vallejo consiste en enfrentar los dos tiempos bergsonianos, tal como ocurre con el último verso de «La violencia de las horas»: «Murió mi eternidad y estoy velándola».

La eternidad como río, como vida que fluye, aparece de nuevo en el poema [Ande desnudo, en pelo, el millonario...]. En este poema de imperativos y maldiciones proféticas, Vallejo pide que: «pase la eternidad bajo los puentes». Así la vida, el agua, no podrá escapar. Mas ello es imposible:

Es el tiempo este anuncio de gran zapatería,
es el tiempo, que marcha descalzo
de la muerte hacia la muerte. ⁵

El tiempo, representado en el guiño constante y monótono de un anuncio de zapatería, que no puede detenerse para calzarse no puede más que continuar hacia adelante, ya que: «El tiempo tiene un miedo ciempiés a los relojes».⁶

Frente a este tiempo, el poeta descubre otro interior, vital, conectado con un perpetuo nacimiento. Si la muerte es el recorrido de la vida, Vallejo entiende que la vida es también camino inexcusable:

¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito, que el día apenas cabe en mí.
[...]
¡Dejadme! La vida me ha dado ahora en toda mi muerte.⁷

Esta ya no es muerte física. No es cierto que se muera. La vida, la gran ladrona, está siempre a la captura. En sus redes siempre queda algo. Nunca se escapan todas las presas:

—No vive ya nadie en la casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados.
Nadie ya queda, pues, que todos han partido.

Y sin embargo, el tiempo crónico es falso. Si el olvido es el verdugo de las horas idas, el recuerdo es el vengador del tiempo pasado. Por él las horas viven de nuevo,

⁴ [PH], «Sermón de la muerte».

⁵ [PP], «Me estoy riendo».

⁶ [PP], [He aquí que hoy saludo...].

⁷ [PP], «Hallazgo de la vida».